

ENCUENTRO EN UNA GASOLINERA

Una noche, un fallo técnico interrumpió las operaciones en la gasolinera donde John Peña trabajaba, en el Estado de Virginia Occidental.

La interrupción no pudo ser más inoportuna.

En la gasolinera, ubicada en la ciudad de Mount Hope, las 23 bombas de gasolina estaban llenas y de repente las tarjetas de crédito comenzaron a ser rechazadas, por lo que solo se podía pagar en efectivo. Para empeorar las cosas, el cajero automático de la gasolinera también dejó de funcionar.

De repente, John y una compañera de trabajo vieron un Cadillac que se detuvo en la estación de servicio y un hombre afroamericano muy bien vestido llenó su tanque. Momentos después, entró en la tienda de la gasolinera.

—Señor, su cuenta es de cuarenta dólares y el pago debe realizarse en efectivo —le dijo John. El hombre pareció consternado.

—Solo tengo tarjetas de crédito —respondió con un acento que John no pudo identificar.

Así que, John habló con el gerente, y este le sugirió que el cliente dejara su automóvil en la estación mientras conseguía un poco de efectivo. Sin embargo, el cliente se negó diciendo que no tenía forma alguna de conseguir efectivo esa noche.

John sintió empatía hacia él, por lo que le sugirió:

—Yo pagaré su cuenta. Déjeme su licencia y se la devolveré cuando regrese.

El caballero estrechó su mano como gesto de gratitud, y le dijo:

—Volveré mañana.

Luego de que el hombre se fue, su compañera de trabajo lo miraba como si hubiera perdido la cordura.

—Vas a perder ese dinero —lo reprendió.

—Creo que volverá —respondió él.

Al día siguiente, el hombre entró en la tienda con los cuarenta dólares en la mano, y mientras se los entregaba le preguntó:

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

John no quería una recompensa o dinero, así que le respondió:

—No es necesario. Dios lo bendiga y que tenga un buen día.

—Dios te bendiga también —respondió el hombre.



John Peña, 57

REUNIÓN INESPERADA

En la noche, John compartió aquella experiencia con su esposa, Sharon. Pero dejó de conversar del tema cuando su suegro, Jim, comenzó a hablarle de la Biblia. Jim era adventista del séptimo día y había estado invitando a John a la iglesia durante un tiempo. Cuando este escuchó que John no tenía que ir a trabajar el siguiente sábado, lo invitó de nuevo a la iglesia.

Esta vez accedió.

—Está bien, los acompañaré —dijo.

John había nacido en Cleveland, en un hogar donde se guardaba el domingo, aunque había acompañado a su esposa algunas veces a su iglesia, pues ella había crecido en un hogar adventista, pero se había apartado. Aun así, John nunca había visitado la iglesia de su suegro en Beckley, Virginia Occidental.

La mañana del sábado, John se sentó en la iglesia junto a su suegro, esperando que comenzara el servicio. Luego de unos minutos, Jim visualizó al pastor en la parte trasera de la iglesia y le dijo a John:

—Ven conmigo, quisiera que conozcas al pastor.

—Por supuesto —respondió él—, me gustaría hacerle algunas preguntas sobre la Biblia.

Cuando vio al pastor venir por el pasillo, John pensó: “Me parece que lo conozco de alguna parte”.

El pastor saludó con un apretón de manos a Jim, y luego miró a John y se sorprendió.

—¿Te conozco de algún lugar? —preguntó.

Ambos se miraron. Y entonces John exclamó:

—¡Usted es el hombre de la estación de gasolina!

—¡Oh! —respondió el pastor—. ¡Eres aquel hombre que pagó mi gasolina!

Después del servicio, John y el pastor Samuel Simuzoshya, que es de Zambia, le contaron a Jim lo que había sucedido en la gasolinera aquella vez.

—Para mí, fue una bendición —explicó John después—. Anteriormente, decía que era cuestión de suerte, pero este encuentro realmente fue una bendición.

EL FINAL DE LA HISTORIA

El encuentro con aquel pastor dejó una profunda impresión en John, al punto de que comenzó a asistir a los servicios de la iglesia los sábados en Beckley y luego en una iglesia ad-

ventista en Spencer, que estaba más cerca de su casa. Un tiempo después, su esposa se bautizó.

En el año 2015, la iglesia en Spencer recibió parte de la ofrenda del decimotercer sábado. Entre los proyectos de ese año, se realizaron 35 campañas de evangelización en el Estado de Virginia Occidental.

La iglesia en Spencer cuenta con unos treinta miembros y utilizaron parte de los recursos para alquilar un salón público durante dos semanas de campañas dirigidas por uno de sus ancianos, William Iannacone. John se unió a la iglesia para distribuir literatura y visitar a quienes llegaban por primera vez a la iglesia durante la campaña de evangelización, pero no pasó al frente en el llamado final para el bautismo.

Dos días antes de los bautismos, el pastor de la iglesia, Daniel Morikone, visitó a John en su hogar y le preguntó qué le impedía entregar su corazón a Jesús.

—Yo miro a los demás y veo que reflejan el carácter de Cristo, y no sé si estoy lo suficientemente limpio para eso —respondió John.

—Si miras a los demás y no a Cristo, nunca querrás ser bautizado —le aseguró el pastor.

Aquellas palabras llegaron a su corazón. Al día siguiente, llamó al pastor y le preguntó:

—¿Qué debo llevar para bautizarme mañana?

Y así se bautizó junto a otras personas.

Reflexionando en las razones que lo llevaron al bautismo, John dice que fue conquistado al ver la bondad de Cristo en los miembros de la iglesia. Actualmente, John tiene 57 años, es diácono en la iglesia en Spencer y espera bendecir a su comunidad con el evangelio de Cristo.

“He vivido aquí durante treinta años, y todos me conocen —dice él—. Ellos ven cómo he cambiado luego de mi conversión. Mi deseo es alcanzar a toda la comunidad”.